

CAPITULO IV.

Sale á Missionar entre Fieles, y descubre infames sectas de Indios Bruxos.

Quien busca derechamente dar á Dios agrado en sus operaciones, aunque varie de rumbo, nunca muda de intento, porque siendo el seguro Norte, que le conduce la divina voluntad, sin perderla de vista, aun mudando derrota, siempre llega al deseado Puerto. Apenas tenia Fr. Antonio los Compañeros suficientes, para la regularidad de su Colegio, quando supliendo la cortedad de Operarios el charitativo empeño de hacerlo todo entre pocos, embió dos Missionarios á la Provincia de Nicaragua, para extirpar varios abusos, y execraciones en aquellos Lugares, que él avia de visitar muy presto con su presencia, y tenia de sus moradores individual noticia. Quanto antes pudo desembarazarse de otros negocios, que todos eran de la alma, se puso en camino para

la Provincia de Nicaragua, que dista doscientas leguas de Guatemala, y las midió por sus passos con planta desnuda, anunciando en todas partes á Christo Crucificado, tema de sus Sermones, y centro de sus mas tiernos cariños. Llegó á la Ciudad de Leon, capital de aquella Region, á los fines del mes de Mayo, de setecientos, y tres, y conferidas con los Superiores de lo Ecclesiastico, y Secular las cosas, conducentes al buen exito de su peregrinacion Apostolica, se despidió de todos con aquella urbanidad religiosa, que es parto legitimo de una charidad verdadera. Por mas que las lluvias eran á esta fazon continuas, resolvió partirse al Pueblo de Telica, distante quatro leguas de Leon: y hollando atolladeros, y pantanos, se dexò conocer, que las muchas aguas, que derramaban las nubes, no pudieron extinguir el fuego de la charidad, que ardia en su pecho, de la salvacion de las almas.

Testigo ocular de toda excepcion de pone en la narrativa, que hace de este viage

por

por escripto, aver salido el mesmo dia en compania de cierto Capitan de Conquista de la Ciudad de Leon en buenas mulas, y que tardaria hora, y media en llegar al Pueblo de Telica muy calados de la lluvia: y luego al punto se encaminò á la Iglesia, donde acababa de predicar el Padre Fr. Antonio, y le aseguraron, avia predicado una hora muy cumplida, siendo assi, que aquella mañana avia dicho Missa en el Convento de Leon de Nicaragua. Dice mas: que passando á verle á la Sacristia, con el pretexto de befar la manga del Abito, lo tentó por varias partes, y lo halló seco, y enjuto, que le causó admiracion, por aver sido continua la lluvia de la noche, y mañana. Dixole con gracejo: „ Padre Fr. Antonio, V. P. parece, que ha „ venido en hombros de Angeles, pues no se ha mojado, „ y en el camino ha llovido „ mucho, y hemos venido con „ cuidado, mirando el suelo, y „ no hemos visto estampa de „ sus pies, ni señal alguna de „ averle pisado. Respondio el Siervo de Dios con dissimulo:

Yo vine por fuera del camino, consolando, y confessando esos pobrecitos de esas estancias, y hatillos, que están por los lados del camino. Crecio con esto mas la admiracion del devoto Cavallero, y le repreguntò, si los avia andado todos: á que respondió, que si. Hizo despues el dicho averiguacion, de que las estancias, por donde avia transitado aquella mañana el V. Padre, eran diez, y siete, ó diez, y ocho, dispersas á distancia de media legua, de quarto de legua, y otras de mas de legua del camino, haciendo prudente congetura, que tales passos en tan breves horas no podian componerse sin una asistencia especialissima del Señor, admirable en su Siervo.

Mientras se continuaba la lluvia material sobre la tierra, fecundaba con otra celeste lluvia de doctrina los corazones el fiel Ministro: y eran executivos los frutos, porque no tarda en producir los la gracia del Divino Espiritu. Luego que le pareció quedar bien fecundada del rocío del Cielo aquella tierra, se encaminò al

Z 2

par-

partido de Seuaco, cuya jornada hacia mas penosa la aspereza de los caminos, y las crecientes de los Rios, que era preciso detenerse, mientras minoraban su furia. Afsegura el devoto Cavallero, poco antes mencionado, que al otro dia de llegado à su Corregimiento, que lo era Seuaco, tuvo noticia, de que venia llegando el P. Fr. Antonio: salio à recibirle à media legua del Pueblo, acompañado de algunos Españoles, que alli avia, è Indios, y à media legua del Pueblo (pondrèlo con sus formales razones) „ Lo encontramos, que venia como un „ Apostol, faldas en cinta, en „ lodado hasta la rodilla, su ca „ lava en el cordon, su Santo „ Christo abrazado, cantando „ el Alabado con quatro In „ dios, y dos Mulatos, que le „ seguian. Saludamonos, y me „ dixo, se avia tardado, porque „ avia venido confessando, y „ consolando à muchas perso „ nas por las estancias, y ha „ ciendas del camino, que son „ muchas, en mas de veinte, y „ quatro leguas, quea y desde „ Telica à Seuaco, cosa que

„ me dexo pasmado de admi „ racion, pues en veinte dias „ en buena mula no pudiera „ otro hombre andar tanto, „ mayormente con el rigor de „ las aguas, pantanos, y rios: „ quando nosotros en camino „ de dos dias, sin extraviar, tar „ damos seis por los dichos „ inconvenientes. He trasum „ ptado à la letra esta narrativa, „ porque se reconozca, q busco „ la verdad mas sincera: y assi lo „ executarè siempre, que me pa „ rezca ser para un humano cre „ dito la ocasion mas oportuna.

Serian como las cinco de la tarde, quando entrò Fr. Antonio en el Pueblo, y luego se encaminò, sin tomar alivio, à la Iglesia, entonò el Alabado, y en rezar el Santo Rosario, y otras devociones se llegó la noche. Como era crecido por la novedad el concurso, logró la conyuntura de publicar su Mission con un sermón fervoroso, en que abriendo las puertas de la misericordia, convidaba à todos à lograr las piedades divinas. Como si le huviese registrado el corazón al Corregidor, que confiesa, le parecia interiormente avian

de

de minorar sus cortas conveniencias las Misiones, afrontandose con el à la mitad del Sermon, le dixo con voces alentadas: „ Señor Corregidor, la vara de la Justicia ha „ de auxiliar à la de la Mission, „ y si no, vendrà el castigo del „ Cielo: pierdase todo, que „ primero es Dios. Diole lugar, y le suplicò, respondiessè: y lleno de turbacion, por ver descubierto con el hecho su interior, dixo, estava prompto à auxiliar la Mission, como Catholico Christiano, y que se perdiesse todo, que primero era Dios, y prosiguió su Sermon, quedando el piadoso Juez desde aquel punto, tan desasido de humanos intereses, y tan fervorizado à mirar por la honra de Dios, que no dudara perder en esta empresa la vida. Al baxar del Pulpito, le dio al Corregidor un apretado abrazo, y le volvió à repetir las mesmas palabras, y el à ratificar su oferta.

Todos los encargos del Bendito Padre fueron prevencion, para lo que se fue luego ofreciendo: pues à pocos dias, que se estava haciendo la

Santa Mission, comenzò à vomitar todas sus abominaciones el Infierno, descubriendose tanta multitud de Brujos, Hechizeros, y ministros del demonio, que fue necesario todo el zelo de aquel nuevo Elias, y toda la entereza del Corregidor, para que se pudiesse à tantos males algun remedio. Pintarè en toscò dibujo con lo atezado de las sombras este vivo retrato del infernal abyfmo. En los Pueblos de Matagalpa, Solingalpa, Molaguina, Xinotèga, y Miumui, del partido todos de Seuaco, avia echado hondas raizes la hechizeria, y maleficio: ò por mejor decir, se avian mantenido todos aquellos Pueblos, en aquellas mas que barbaras costumbres del tiempo del gentilismo: sirviendoles el cultivo de haverse hecho Christianos, de que fuesen mas ercidas las espinas de sus maldades atrozes, quanto va de obrar por ignorancia, à pecar por pura malicia. En una cueva, habitacion propria de demonios, que se disimulaban en los Idolos, sacrificaban cada semana ocho personas grandes,

des, y pequeñas, degollando-
las, y ofreciendo la vertida
sangre à sus infames Idolos. La
carne era horroroso pasto de
su brutalidad, que la gustaban,
como si fuesse de corderos
tiernos. Tenian pieles de di-
versos animales, para transfor-
marse en ellos por fuerza de
diabolico pacto: y se mezela-
ban torpemente con los me-
mos demonios, que se les apa-
recian en figuras de brutos.

Dabales tambien el ma-
ligno polvos, piedras, y rai-
zes, para matar, torear, cazar, y
para quanto desleaba su torpe
apetito. Mostrables una en-
roscada culebra, y à esta fiera
fingida, y demonio verdadero
daban sacrilegas adoraciones.
Fingian un Adan, y Eva, que
eran dos viejos, hombre, y mu-
ger, quienes eran los fautores
de todos sus engaños. Este vie-
jo Adan descubrio al V. Fr.
Antonio todos sus embelecos,
y aviendole encontrado falso
en descubrir la encantada cue-
va, que servia à todo el Pueblo
de Sinagoga, dio forma, para
que le desterrasen por toda su
vida à un Castillo en compa-
ña de los principales compli-

ces de su engaño. A los demás
de los Pueblos les obligò à en-
tregar todos los instrumentos,
con que exercian sus malefi-
cios, y haciendo penitencias
publicas, en que detestaban los
diabolicos pactos, se quema-
ban en las plazas todas aque-
llas baratijas del Infierno. En
una Lagunilla cercada de un
monte espeso plantò tres Cru-
ces, aviendo anathematizado
al demonio, por ser aquel sitio,
en que daba el enemigo sus
mentidos oraculos. Por des-
agraviar al Señor de tan ofen-
sivas torpezas, no son decibles
las christianas diligencias, que
executó el zeloso Padre. Las
lagrymas, que derramaban sus
ojos, las exortaciones en los
Pulpitos, las disciplinas fan-
grientas, las fatigas en procu-
rar atajar tantos abusos fueron
tales, que no cabiendo su rela-
cion en este capitulo, me veo
precifado à continuar

este assunto en
el siguiente.



CA-

CAPITULO V. De tierra otras super- ficciones, y bruxerías, y sucedente cosas muy singulares.

CON los ojos cerrados, y
aun ciegos en cierto mo-
do con las lagrymas, que
era razon vertiesse un corazon
catholico, avian de leerse las
lineas, que prosigo. Tenian
aquellos engañados Indios
otro pacto diabolico, en que
para conseguir lo que deslea-
ban, les obligaba el demonio à
labarse la cabeza donde les
pusieron el chrisma, persua-
diendoles, que con aquella ce-
remonia se les borraba el ca-
racter de Christianos, y se les
imprimia el de la gran bestia
en sus almas: siendo assi, que
con esta señal indeleble del
Baptismo han de estar pade-
ciendo eterna ignominia en
los Infiernos los malos Chris-
tianos. En una vasija, que se
ocultaba debajo de la tierra, y
con tres palmadas, que daban
sobre el suelo, se dexaba ver,
mantenian quatro gusanos
blancos, que eran quatro de-

monios, y los mantenian vivos
con ciertas flores de un espi-
no, que les mudaban cada se-
mana. En el Pueblo de Xino-
tèga se descubrió otra super-
ficción, no menos abominable,
que dañosa. Tenian quatro
Indios cada uno dos cruces
de poco mas de quatro dedos
de largo, y ancho, la una de-
cian era para hombre, y la otra
poco menor para muger. Esta-
ban hechas de una corteza de
arbol, à modo de estopa, muy
bien liadas con cordelillos, en
tal proporcion, que formaban
manos en los remates de los
brazos, y en la cabeza, como
una carilla pintada: y estas cru-
zes decian servirles contra los
bruxos. Ponianlas en los cami-
nos, por donde avian de passar
estos bruxos, en forma de ani-
males, y encontradas las dos
cruces, al llegar à afrontarse
con ellas, se hallaban sin poder
dar passo atras, ni adelante, y
con esto los flechaban à toda
satisfacion los contrabrujos.
Con esta industria diabolica
avian muerto à innumerables
personas, como declararon al
lastimado Padre, que con sus
manos consagradas arrojó à
las

las llamas estas cruces del demonio, que servian de patibulo á tantos infelices, para baxar precipitados al Infierno.

Los Agoreros, ó Zahories con ciertos frisolillos colorados pronosticaban muertes repentinas, partos dichosos, viages, y sucesos por venir: que como sabidos del padre de la mentira, de ordinario paraba todo en fabuloso engaño. A los muertos bañaban, y les ponian viatico de comida para el otro mundo: con que hacian tan brutas á sus almas, como lo eran sus cuerpos embrutecidos. Para que el Zahori les adivinasse lo que le pedian, ayunaban al traspasso, sin probar la carne, ni la sal: abstenianse de sus propias mugeres, para que se verificasse, que tambien tiene sus martyres el diablo, como escribia Drexelio. Creian, que sus viejos, despues de muertos, iban á descansar á un potrero, endonde los visitaban los bruxos, y era assi, que tomaba su figura el demonio en el potrero, quando tenia aquellas infelices almas de los viejos reventando en la carcel eterna

de tormentos. El principal Hechizero de esta maligna congregacion tenia una Multa de poco mas de cuarta, que por lo untada de sangre, se reconocia ser de los inmundos sacrificios, y en ella iba á pasear por todo el mundo, á comerciar en su arte diabolica con los de su facultad: ó embiaba á otro de sus compañeros al mesmo efecto.

Estas, y otras nefandas execraciones tenian aquella tierra en tinieblas mas horrosas, y palpables, que las de Egipto, gimiendo debaxo del Faraon infernal, que cada dia los iba acabando, y confundiendo. Siendo Seuáco cabeza de muchos Pueblos, se halló, quando la visitó el V. Padre, con solas seis familias: y le asseguró un Indio anciano, que siendo él mancebo, era dicho Pueblo tan grande, que componia tres Pueblos juntos, y afirmó, que una culebra, que tenia el principal Bruxo, lo avia assolado todo. Lastimado, pues, el compassivo corazon de Fr. Antonio de tocar con sus manos, y ver con sus mismos ojos tan lastimosa

per-

perdicion de almas, redimidas con infinito precio, se opuso como muro fuerte al reparo de la causa de Dios, que iba de caída. No se hace creible, tuviessen aquellos miserables tanta abominacion, quando gentiles: y para sacarlos de tan confusas tinieblas, se valió este Elias Evangelico de quantas industrias le sugería el zelo de la honra de Dios, que ardía en su pecho. Reducia á pavesas los instrumentos de los hechizos, con demostraciones á la vista de los Indios espantosas. Vezes hubo, que le traxeron tres noches enteras sin sosiego, dando vueltas por los montes con el engaño, de que le descubrirían las encantadas cuevas: otra vez pasó lo mas ardiente del Sol en campo raso, porque le mostrassen varios instrumentos de maleficio. Hizo informe á la Real Audiencia de Guatemala, que dio christianas providencias, para llevar presos los principales Fautores de tanto daño: con que si no se arrancaron de raíz los abusos, al menos quedaron desnudos los troncos de tan viciosas ramas.

A A

Lo que en esta empresa obró Fr. Antonio, solo Dios, que cuenta los cabellos de la cabeza de sus Siervos, lo sabe cumplidamente, y lo que hemos llegado á saber, es, que le daba para esto esfuerzos sobrenaturales: assi me lo dá á suponer el suceso siguiente: estando para salir una mañana en busca de la cueva encantada de Cuio tepet, se entró el Corregidor de Seuáco al aposentillo, en que el Padre se avia hospedado, y le encontró curandose una llaga, que tenia en la planta de un pie, sin otro lenitivo, que un poco de febo de la candela destilado. Causóle espanto ver el hoyo, que hacia la llaga, en que cabia la cabeza de un dedo pulgar de la mano, moreteados los bordos de la molida sangre. Dixole compassivo, que porqué no le avia avisado la noche antes, pues podia averle curado con un poco de vino, y romero: y aun entonces, si gustaba, se le podian aplicar otros remedios prompts, y caseros: á que respondió el Padre Fr. Antonio con semblante risueño: no es menester, que

Dios,

Dios, Dios, y sin mas explicarse, tomando del suelo, en que estaba sentado, una piedrezuela esquinada, se la entró en el hueco del pie (que al verlo, dice el Corregidor, le cruzieron los huesos) y se ligó la llaga con una correa de cuero crudo. Esto, que permitió el Señor se supiese, dà margen para discurrir, què mortificaciones toleraria en las Montañas, quando solo Dios, que era su refugio, fue el que registraba sus heroicos hechos? Levantose, hecha esta diligencia, y tomando el baculo, se entró por el camino pantanoso: y por entre peñascos, y espinas anduvo todo el dia con tal ligereza, que en buenas mulas no podia el Corregidor, y su comitiva darle alcanze. Aguila parecia entre aquellas malezas, y à la noche predicò largo tiempo, tomando el mesmo trabajo por descanso. Preguntole el Cavallero, que le acompañaba, al otro dia, como se hallaba de la herida, y le dixo, se avia clavado una aguda espina de cornezuelo (que ay muchas, y grandes en aquel país) pero que ya estaba sano.

Nunca mas le vi el pie (dice el referido) ni le senti movimiento de quien padecia dolor, de q̄ quedè no solo confuso, mas con mucha razon admirado.

Aun es mas notable, lo que el mesmo Corregidor refiere, que expressarè casi con sus mesmas razones. En busca de los instrumentos de maleficios, que iba descubriendo el V. Padre, salió con dicho Cavallero del Pueblo de Xinotèga à las quatro de la mañana, y anduvieron por montes, y barrancas con solo el corto desayuno de un poco de chocolate hasta las dos de la tarde. Dispuso el Corregidor, tomassen à la sombra de un arbol un refresco, haciendo mas comodo el lugar un riachuelo contiguo. Adelantò un Criado, que avisasse à Fr. Antonio, se detuviesse en aquel sitio, porque con ir à pie, no igualaban los de à caballo sus presurosos passos. Despues de aver tomado proporcionado alimento, se recofio el V. Padre à reposar un breve rato. Puestos en pie, llevado el Corregidor de una devota ternura, mandò labrar una Cruz, y que la colo-

caf-

caffen en aquel mesmo sitio donde el Siervo de Dios estuvo reclinado. Tomò, para formarla, un Criado libre el machete, y al destroz ar una rama, se trozò el dedo indice de la mano siniestra, quedando pendiente todo el dedo de solo el cutis. Llamò el Corregidor al Padre Fr. Antonio, para que viesse aquella lastima, y este, sin conturbarse, tomò en sus manos el dedo, y se lo juntò, exprimiendo la sangre, que le bañò por su abundancia ambas manos, y le dixo: no se aflixa, que no es nada, que Dios, Dios, y le pidio unos polvos de su caxuela, que no se atrevio à echarse los, segun estaba conturbado.

Entonces el charitativo Padre, teniendole asido el dedo con la mano izquierda, cogió con la otra los polvos, y los aplicò à la cisura, bédiciendolos, y el Corregidor le ligò con un pañuelo de polvos, entanto, que llegaban à poblado, para aplicar remedios mas efectivos. Mientras esto hacia, ya el V. Padre iba caminando muy distante de la comitiva: pusieronse todos à caballo, y avien-

do andado como dos quadras, se apartò el Mozo herido debaxo de un arbol, y llamando à su Amo, le dixo: tome Señor su pañuelo, que ya el dedo està sano: violo, y no avia señal de tal herida, y encargandole el secreto, possiedo su corazon de una admiracion estraña, aguijó el passo en su mula, para alcanzar al Siervo de Dios, y en una cieneguilla con el lodo à media pierna alcanzè (dice) al P. Fr. Antonio, y le dixe al oido: ya sanò aquel enfermo, y levantando los ojos al Cielo, me dixo: Dios, Dios, y se passò adelante como un viento, y nunca le volví à hablar en el caso. Esto por todas sus circunstancias, digo yo ahora, parece mas allà de lo que puede alcanzar con solas sus fuerzas la naturaleza. Los hombres doctos, y timoratos le daràn la calificacion, que segun lo decretado por Nuestra Santa Madre la Iglesia, mereciere, que à mi, arreglado en todo, y por todo à los Decretos Pontificios, solo me incumbie referir con toda ingenuidad lo que por verdaderos conductos llegare à mi noticia

A A 2

cia